

PERICIA NARRATIVA

José Antonio del Cañizo

He aquí uno de esos libros prudentes, que llaman a las puertas del público lector con los nudillos nacidos sin alharacas publicitarias, y que contienen mucha mayor riqueza narrativa que muchos otros lanzados a los cuatro vientos. Pereira, leonés del Bierzo, viajero incansable, excelente conversador fino poeta (véase la recopilación que hizo en Plaza y Janés, titulada «Contar y seguir», por ejemplo), y novelista con «Un sitio para Soledad», «La costa de los fuegos tardíos» y «País de los Losadas», es además un astuto alquimista, urdidor de sutiles y luminosos relatos breves, de cuyas retortas y alambiques, en las que combina pacientemente ironías, imaginaciones, ensoñaciones y sarcasmos reticencias, insinuaciones, humor y misterio, brota siempre algún atisbo de la siempre buscada piedra filosofal. Después de «Una ventana a la carretera» (Premio Leopoldo Alas), «El ingeniero Balboa y otras historias civiles» e «Historias veniales de amor», su última entrega es este reciente libro que comentamos, que agrupa trece narraciones cortas y sugerentes.

En varias de ellas resplandece un humorístico y malicioso erotismo con sordina (que es el único que merece tal nombre, ya que el manifiesto, declarado y ostensible deja de serlo), del que él mismo dice en el epílogo que "más que provinciano habría que llamar diocesano", sugiriendo el delicioso título de "Cuentos eróticos diocesanos" para algunos de ellos, como el espléndido «El sitio del inglés», «Clara y el romano», etc., cuyos protagonistas son amantes de los que todavía sabían que aquello era pecado, lo cual añade una dimensión totalmente ignorada por los desprejuiciados narradores eróticos que lo estropean todo. Recordemos aquella princesita de Francia que sorbiendo un helado en el verano de Versalles, exclamaba: "Lástima que esto no sea pecado", o aquella frase, creo que de César González-Ruano: "Si no me condeno un poco, no me divierto".

Otros cuentos excelentes, llenos de sutileza y sabiduría, son "El pozo encerrado", inquietante atisbo de la unión entre antípodas (una mujer junto a un sicomoro en una isla de Nueva Zelanda, un hombre junto a un pozo en una viña del Norte de España), «El ingeniero Démencour» (cuya protagonista, la mujer moderna y desconocida que parecía salida de la revista Marie-Claire, está también en las antípodas de las ex-chicas de Acción Católica de los relatos "diocesanos"), «La

venganza» (en la que, en el colmo de la socarronería, una implacable venganza debida a amores frustrados se consume tomando la paradójica forma de una generosa herencia), y sobre todo, por encima de todos para mi gusto, el último, el que da título al libro, «Los brazos de la i griega», en el que asistimos asombrados a una historia apenas contada de reencarnaciones de hombres, tiempos y paisajes, en el marco de una excursión en vuelo "chárter" al Nepal de un provinciano que siempre recalca que lo es. Esa hermosa e inquietante sensación que todos hemos tenido alguna vez de haber visto antes este lugar o este rostro, haber vivido antes este instante, adquieren aquí unos vuelos muy hondos, narrados con una austeridad casi ascética, construyendo un cuento que creo leerían con placer un Borges o un Cortázar, y en el que nos roza el rostro el fugaz aleteo de ese pájaro oscuro y deslumbrante que llamamos Misterio.

Leyendo este libro he recordado que Borges decía que el tiempo le había enseñado algunas astucias, entre las que citaba el "intercalar en un relato rasgos circunstanciales, exigidos ahora por el lector; simular pequeñas incertidumbres, ya que si la realidad es precisa, la memoria no lo es; narrar los hechos como si no los entendiera del todo", etc., Pereira se muestra rico en habilidades de esta ilustre estirpe, finge indecisiones, lanza vislumbres del pasado o el futuro como aludidos de pasada, narra con inteligentes vacilaciones, y sabe siempre elegir eso que es lo más difícil de todo: el punto de vista desde el que se cuenta la historia.

Es, sí, un escritor para paladares también algo sabios, algo iniciados en los vericuetos del narrar, porque su libro no es de los que se entregan al primero que llega, al igual que ciertos manjares refinados pasan inadvertidos para los que tienen las papilas linguales estragadas por las hamburguesas con Coca-Cola, que dejan incapaz. El consumo exclusivo de "best-sellers" puede inutilizar para el saborear "best-written". Y esto es Los brazos de la i griega: un libro muy bien escrito, una demostración de pericia narrativa, ¿Hay todavía un público para ello?